

Q. W.

Señora:

He recibido la carta con que V. M. se ha servido honrarme, como un premio a mis inmensas desmerecidas lealtad, y que, cuando V. M. ocupaba el trono que heredó de sus mayores, se le atribuyó la gran cruz de Carlos 3.º con que quisieron recompensar los que se dignaban llamar sus servidores, acepto ahora las frases lisonjeras aunque inmerecidas, y guardo con respeto y un querido la carta autógrafa de mi Reina legítima, alejamente destronada por la facción y el perjurio.

Mas en estos momentos suplicados, quisiera dar a V. M. una muestra de mi lealtad; la cual ha de consistir en decirle la verdad con el profundo respeto que merecen la majestad y la dignidad; pero con la sinceridad propia de quien, siendo un vasallo, no es ni será jamás cortésano ni palaciego.

Es evidente, Señora, que V. M. y su augusta descendencia representan la legitimidad y el derecho; pero no me niego que la sucesión de S. Carlos representa los buenos principios, sinis salvadores del orden social de la unidad católica, de la Monarquía verdadera, la función de la Real familia sería la función, indispensable para la salvación de España, de la legitimidad y de los buenos principios; con la cual la restauración sería rápida y estable. S. Carlos, si viviera, tendría la dignidad de no ser legítimo; pero V. M. ha tenido la desventura de ser el símbolo de la monarquía mal llamada constitucional, de la no-

monarquía liberal y parlamentaria. Dios, que dió el triunfo al des-
tino en la guerra civil, ha consentido que la Reina legítima caiga
arrojada por los liberales que en su nombre gobiernan a España,
y a quien debe de beneficios y mercedes, lo que ha caído con
V. M. no es una dinastía; es un sistema, ¡que nos sirva esta
catastrofe, por un tiempo, prevista y anunciada hace algu-
nos años, de lección y aviso para no abarcar en flor los des-
tinos y las justas esperanzas del Príncipe de Asturias!

Verdad, si S. Alfonso XII ha de ser Rey de los liberales,
suerte destino se aguarda. Mas valiera que llevara con digni-
dad su desgracia, que la corona con desdoro.

Hubo un grupo de hombres leales y previsores que
trataron de reconciliar la legitimidad con los buenos principios.
Con este propósito fui ministro de V. M. apenas disueltas las
anteriores Cortes constituyentes, y puse en orden la gover-
nación del Estado por tal rumbo, que viniesen a agruparse de-
bajo de la bandera legítima de V. M. todos los españoles cató-
licos y monárquicos. El día en que cayó aquel ministerio,
comenzó la crisis que terminó a la hora aciaga en que la
dinastía legítima hubo de abandonar su Reino y sus Pa-
rtes, alejamente empujada por liberales perjuros, y mal
defendida por liberales, cuya buena fe es evidente, pero
cuyo error es notorio. Si la dinastía legítima tiene medios
de salvación, ha de ser volviendo a la senda que se abandonó
por segunda vez en octubre de 1857. Si se arroja en brazos

liberales, considero su perniciosa irremediable.

Los liberales, señores, sin exceptuar los moderados, son monárquicos a medias; monárquicos de conveniencia y de conveniencia. Con tales defensores y conjuntos, impotentes para el bien y contemporizadores con el mal, no pueden permanecer en pie las Monarquías, y menos en tiempos de bonanzas tan deshechas como las que preceden al siglo en que vivimos. Todos los Reyes, mirados por liberales, mostraron su desgracia en tierra extranjera: testigo la augusta madre de V. M. arrojada de la sucesión del Reino por liberales; testigo hui Felipe; testigo el mismo general Spenser, elevado a la sucesión por liberales, y precipitado de ella por una coalición liberal.

V. M. y su augusta descendencia pueden contar con la lealtad que juré como cristiano y prometí como caballero; pero jamás tomaré parte activa en el nuevo desmoronamiento de una administración liberal, continuación de la que ha cegado, u obtruido, todos los marcanáticos de Europa que encerraba España. El Rey S. Alfonso XII no me verá nunca entre sus adversarios; de nuevo lo juró. Pero un Rey constitucional que reine y no gobierne, que deje a la Patria entregada al juego liberal de los partidos, jamás me contará entre sus servidores.

Que Dios proteja a V. M. y a sus augustos

Hijos, es el ardiente deseo de mi corazón,

Señora:
A los R. P. de V. M.

Candidato. Vocedal

Madrid 28 de Marzo (Jueves Santo) de 1869.